

NORTEAMERICA, EUROPA Y LA ESTRATEGIA DE LA DEFENSA PERIFERICA

La impaciencia norteamericana y el ritmo lento de Europa

Una de las muchas reacciones defensivas que pueden registrarse en este mundo internacional postbélico, cuya situación dramática radica en la ausencia de un futuro vaticinable y aquietante, consiste en mirar hacia un pasado más o menos inmediato e indagar respecto a si esas consumadas experiencias pueden deparar algún motivo de esperanza, en el supuesto de su posible y aproximada reiteración. Por ello se dice: lo que fué puede tornar a convertirse en realidad; y si lo pretérito, que hoy se invoca como posible punto de referencia, logró deparar al mundo unos años de paz o un dilatado período de tregua; si lo actual tiene perfil de reedición, más o menos aparente, será acaso posible inducir en el sentido de que la «guerra fría» puede prolongarse sin agravaciones e incluso atenuarse en su actual peligrosidad.

Prescindiendo de lo que pueda encerrar de oportuno este sistema de parangón, y abstracción hecha de si el citado paralelo más bien puede engendrar inaconsejable adormecimiento que proporcionar motivos de sosiego, estimamos oportuno referirnos a ese sistema de las invocaciones, para inducir respecto a su oportunidad o desenlazar en otras consecuencias menos gratas al aportar el pasado como apuntalamiento dialéctico respecto de nuestro porvenir.

I. BALANCE Y VALORACIÓN DE SÍNTOMAS.

La VI Asamblea de las Naciones Unidas nos ofrece en su orden del día una profusa lista de problemas, cuya sola enumeración da cabal idea

del número de cuestiones pendientes de solución en este mundo postbélico. Se trata de interrogantes de desigual trascendencia; pero todas ellas, en menor o mayor grado, pueden catalogarse como otros tantos síntomas de inquietud e indecisión. Además, al margen de las tareas de la Asamblea, y refiriéndonos a aquellos problemas que son de específica responsabilidad del mundo occidental, se abordan otros pleitos no menos trascendentes que los incluidos en el orden del día de la Asamblea. Baste citar los siguientes: puesta en marcha del Pacto Atlántico; integración de Alemania en el dispositivo occidental; ejército europeo, y unidad continental. En otra zona específica, registramos igualmente la aparición de interrogantes: aludimos al mundo colonial o protegido, en cuanto vehículo para reactualizar y agudizar la inquietud que hoy atraviesa el mundo islámico genéricamente, y especialmente al mundo árabe.

De los problemas enunciados, al decir de ciertos exégetas, el básico es el concerniente a la posible reducción de armamentos. Para nosotros, este acentuado protagonismo que se atribuye al problema del desarme ha de apoyarse, no en la consideración de que, alcanzada esa poda castrense, se habrá instaurado un prolongado período de paz en el mundo —aseveración que nos parece muy discutible—, sino en cuanto del problema relativo al rearme o al desarme depende en gran parte la solución que se dé a los otros problemas citados, ya que tanto el Pacto Atlántico, con su posible extensión al Oriente Medio, cuanto la concerniente a la integración alemana en las fuerzas occidentales, se verían alterados en sus esencias y se facilitaría o abreviaría el camino que puede conducir a su solución. Tal vez, si el mundo postbélico persiguiese un específico objetivo, y pese a las tesis discrepantes que se esgrimen respecto al modo de alcanzarlo, le sería dable salir de su actual atolladero; pero la verdad es que al tiempo que en Roma se polemizaba en torno al problema del fortalecimiento —que es rearme— de la comunidad atlántica, en París, cuatro delegados, en torno a una mesa de póker, tratan de indagar respecto a la posibilidad de alcanzar una reducción de armamentos: dos ademanes coincidentes en el tiempo y abiertamente discrepantes en sus designios finalistas. Es esta una de las muchas paradojas que nos brinda el mundo postbélico, y que puede dar exacta idea del grado de su desorientación. De todo lo cual se induce que fué en Roma, y es ahora en París, donde se polemiza en torno al devenir del mundo, no ya sin acuer-

do en los propósitos entre los dos grupos discrepantes, sino incluso portando abiertas contradicciones uno de los núcleos citados.

Los que polemizan a un lado y a otro de la línea que simboliza al sedicente telón de acero han centrado la causa de su disentimiento en el problema del desarme. Ninguno de los dos sectores antitéticos se opone, en principio, a la reducción propugnada; pero la versión difiere sustancialmente, según nos situamos en una u otra de las orillas del Elba. De ello cabe colegir que el problema no puede reducirse a una disidencia exteriorizada en torno al específico problema del desarme, sino que asistimos a una nueva manifestación de lo que se rotula: difícil coexistencia de dos mundos, temática y potencialmente, incompatibles. Ello quiere decir que tanto Acheson como Vichinski, consciente o inconscientemente, están confundiendo los términos del problema, pretendiendo centrarlo en una manifestación externa y procesal e ignorando que es más honda la disidencia. Nunca las naciones se han decidido a incrementar su potencial bélico por meras motivaciones deportivas u ornamentales, o por el inmoderado afán de acumular poder destructivo, y menos todavía, en el presente caso, cuando resulta evidente que el rearme puede implicar el planteamiento de problemas económicos, financieros y sociales de tal magnitud que lleven al colapso a los pueblos que deban proceder a una incrementación de su dispositivo bélico; epílogo que incuestionablemente constituiría un triunfo para cuantos, desde la otra orilla del Elba, conjeturan en torno a lo que ellos consideran como irremediable ocaso e inevitable descomposición del mundo capitalista. El que se arma es porque abriga temores y considera insegura su posición. Esta verdad tan elemental, que nos enseña a huir de cuanto implique confundir lo esencial con lo accidental, no parece haber impresionado a los que polemizan en el Palacio Chailot escaramuzas dialécticas que siguen siendo realidad cuando nosotros engarzamos estas reflexiones. Resulta así —síntoma alarmante— que, pese al ambiente de desesperanza que en el mundo se registra, aún existen optimistas tan sistemáticos e incurables que pretenden encontrar consuelo en una forzada y dialécticamente anémica disección de problemas.

Se dice, y no sin razón, que el rearme constituye una decisión susceptible de epilogar en una guerra. A esta prudente objeción se replica arguyendo que ya Europa conoció el llamado sistema de la «paz armada»,

construido sobre la coexistencia de dos fuerzas, cada una de ellas representada por una coalición —la Triple Alianza y la Triple Inteligencia—, y que si bien es cierto que a pesar de la preexistencia de tal sistema, o tal vez por la proyección que implicaba su antecedente, Europa conoció el drama iniciado en 1914, nadie puede regatearle a tal artificio el mérito de haber proporcionado al viejo mundo, especialmente al occidental, cerca de medio siglo de paz; y si toda paz ha sido hasta el presente en Europa inestable por su destino y por su duración temporal, cuando la paz se prolonga por tal suma de años ya no puede considerarse como símbolo y reflejo de una situación de ininterrumpido sobresalto. Así, la tesis del parangón que ahora se esgrime y a la cual venimos aludiendo, podría inducirnos a pensar en si Europa, pese al rearme planeado, puede conocer un período de paz lo suficientemente duradero para permitir en su amplio decurso un posible apuntalamiento. Pero, abstracción hecha de que siempre implica un serio riesgo el intentar la demostración de una tesis apoyándola en semejanzas históricas, ya que, en este caso concreto, los elementos del problema actual, por su carácter, impiden realizar adecuadamente cuanto implique propósito de establecimiento de parangones. La afirmación que antecede creemos no constituye una arbitrariedad interpretativa y vale la pena de intentar su razón de ser.

Tanto la paz armada, basada en la coexistencia de dos coaliciones, como la Tríplice Alianza y la Triple Inteligencia, cuanto las precedentes que quisieron instalarse a la sombra y cobijo de un equilibrio inevitablemente inestable, portan en sus entrañas un evidente contrasentido, ya que los propugnadores de tal especie incurren en el contrasentido que engendra el ignorar que los propósitos internacionales de carácter estático, aun los respaldados por la fuerza, tropiezan siempre con las exigencias dinámicas consustanciales con toda política internacional de amplio alcance; y aun suponiendo que el anterior reparo careciese de consistencia dialéctica, lo que no puede constituir objeto de discrepancia, es la consideración contenida en la afirmación: la paz armada presupone existencia de más o menos evidente y perfecto equilibrio de fuerzas, potencialmente hostiles, en presencia, porque si entre dos coaliciones una prepondera de modo visible, termina por imponer su criterio, incluso encontrando clientela propicia, sumada con la incorporación de

quienes, encuadrados en otra alianza débil, juzgan que su sola seguridad debe encontrarse en la amistad del que encarna la hegemonía. Indudablemente, del artificio del equilibrio político vivió Europa, e incluso retiró de su empleo un cierto grado de estabilidad en los paréntesis cerrados por dos guerras. Ello es cierto; pero no lo es menos que hoy precisamente la inquietud occidental dimana de la no existencia de un equilibrio de fuerzas, el cual quiere restaurarse, específicamente, a través del Pacto Atlántico.

Además, dato de interés, Europa se enfrenta ahora con una experiencia nueva y que, por su calidad de inédita, explica adecuadamente el porqué de tantas vacilaciones y de tan reiterados como ineficientes vaivenes y rectificaciones. La alteración a que aludimos es sustancial. Hasta 1914, e incluso puede decirse que hasta 1939, el problema del equilibrio era típicamente europeo, no sólo porque a Europa se refería específicamente, sino porque su proyección desde el viejo mundo alcanzaba categoría universal. Desde 1945 la realidad impuso esta evidencia: que el equilibrio no sólo excedía de los términos territoriales de Europa, sino que su posible y problemática solución había de ligarse a la acción imprescindible de dos Potencias extraeuropeas, y así los que epilobaban y los que iniciaban su protagonismo se encontraban en situación que impedía cualquier tipo de solución, ya que ni Europa, al cabo de cinco siglos de preponderancia, puede resignarse con su arrinconamiento, ni los dos advenedizos son portadores de normas lo suficientemente percatantes para que los veteranos les otorguen la tarea directriz. Hasta 1914 el equilibrio se asentaba en dos coaliciones: una de ellas es de imposible reedición, por cuanto sus titulares o han desaparecido totalmente o se encuentran en situación de marginalismo; tampoco la otra puede ser renovada, por cuanto uno de sus titulares capitanea el mundo comunista, el otro renueva su insularismo y reitera su desconfianza respecto al Continente, y el que resta parece haber elevado a la condición de artículo de fe la vacilación y la esperanza de abstencionismo. Nadie se percató de lo que en este sentido ha implicado la desaparición del Imperio austrohúngaro, que, al ser disuelto, ha dejado en un punto neurálgico de Europa un vacío cuya existencia aún proyecta su sombra; tal carencia débese en no pequeña parte a ese curioso fenómeno que denominaríamos de precipitación norteamericana; consiste

en decretar bien sea la disolución inmediata de la Monarquía bicéfala, bien sea el irremediable e inaplazable ocaso de la prolongación europea en el mundo colonial o protegido. A esto cabe añadir que Alemania, ocupada y dividida, incapaz mientras dure la ocupación extranjera de encontrarse a sí misma, en otro tiempo visible cabeza de coaliciones en la época de la paz armada, no está en condiciones hasta el presente de recobrar su pasado e insustituible protagonismo. Italia, con un Tratado de paz que limita sus fuerzas militares e incluso condiciona su producción y sus construcciones de tipo castrense, ocupa una situación de segundo plano, atenuada, pero no eliminada, por su incorporación al Pacto Atlántico. En suma, los pasados elementos constitutivos del equilibrio político europeo no tienen más vigencia que la de un recuerdo histórico de imposible reactualización.

Esas mutaciones tan prominentes, y que muchos ignoran en su nostalgia de irrealizable dirigismo, explican el por qué Norteamérica, por tradición tan opuesta al sistema del equilibrio político —sistema que, referido al Nuevo Mundo, carecía de realidad ante la vigencia incomprendible de la hegemonía norteamericana—, optó últimamente por erigirse en cabeza de puente de tal sistema.

Esta evidencia parecía destinada a proveer al Viejo Mundo de un cierto alivio y proporcionarle la esperanza de la existencia de un deseado amparo, ya que no de seguridad. Así era preciso inducirlo cuando, al discutirse lo que había de ser Pacto Atlántico, algunas de las naciones signatarias —Francia especialmente— hacían saber que la vaguedad de ciertas cláusulas del citado Pacto —especialmente su artículo 5, que había de constituir su muelle real (1)— no resultaba ser el sistema más adecuado para desterrar el triple temor de una invasión rusa, seguida de ocupación militar cruenta y epilogando en el desenlace dramático de una nueva y terrible liberación. Precisamente en esos reparos, atendibles, intentaron cimentar su neutralismo algunos sectores, tanto de la llamada Europa vencedora como de la derrotada. Hechos posteriores a ese período de gestación del Pacto Atlántico pusieron de manifiesto cómo los replicantes europeos no eran sinceros al formular sus observaciones, ya que cuando América, por lo menos la de la Casa Blan-

(1) Véase CAMILO BARCIA TRELLES: *El Pacto del Atlántico*. Editorial del Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1950. Capítulo XII. págs. 357-425.

ca, se decidió a largar por la borda el terrible peso de su impenitente aislacionismo y se dió cuenta de que la situación, acentuadamente predramática, del mundo excluía toda posibilidad de regateo, no por ello dejó Europa, la Europa de lo preconcebido, de insistir en sus reparos, pretendiendo después cimentar su sedicente neutralismo, y ocultando así sus propósitos en el esfuerzo que de ella se requería, para lo cual se refugió en la tesis planificadora de la integración política y militar del Viejo Mundo, ya que sus propugnadores sabían ser de imposible e inmediata realización.

Dejemos bien sentado que la responsabilidad no es sólo de Europa; es cierto que en determinados sectores del viejo mundo se interpreta a Norteamérica con evidente error; pero no lo es menos que los Estados Unidos venían a Europa siendo portadores de pesos y medidas, que si en tierras trasatlánticas constituyeron instrumentos adecuados para labrar una innegable grandeza, no constituían artículo de exportación, sobre todo si se pretendía facturarlas con destino europeo. Norteamérica pudo ser, como Sudamérica, no la nación actual, vaciada en fuerte unidad política, sino cristalizar en la constitución de una pluralidad de Repúblicas. Tuvo la fortuna de alcanzar su unidad, a escala continental, a través de una cruenta, pero acaso inevitable, guerra civil. Por ello, tornando los ojos a esa experiencia, carente de plural, el norteamericano de buena fe considera que la Europa occidental, incluso en estos períodos cruciales, ofrece un ejemplo de municipalismo exasperante. No criticamos tal reacción. La explicamos, mas no la justificamos, por cuanto Europa, portadora de un enorme peso histórico, cuando se encontró en trance de elegir entre la unidad y la variedad, carecía de libertad de elección; optó por vaciarse en el sistema de la coexistencia de Estados nacionales, y así definió su destino y se embarcó en una aventura de la cual no le era dable desentenderse, y una de dos cosas: o los Estados Unidos aceptan a Europa tal cual es, y en tal supuesto carecen de razón de ser sus reproches, implicando ello la consecuencia de hermanar su suerte y su destino al del viejo mundo occidental, o no; en el segundo caso, puede escribirse el *alea jacta est* del mundo europeo, y admitir que la polémica ha sido resuelta en beneficio de Rusia. En el primer supuesto. Norteamérica ha de aceptar la colaboración europea tal y como el viejo mundo puede prestársela, partiendo de un principio, a

tenor del cual, su actual estructura no es susceptible de inmediata modificación, y que se precisa, por parte de Norteamérica, comprensión creciente e ilimitada e inagotable paciencia.

En torno a una frase que define y caracteriza la posición de Norteamérica respecto del desarme, es factible esclarecer el problema de la colaboración posible europeo - norteamericana. La frase circulante es «mantequilla y cañones». Así los Estados Unidos dan a entender que a ellos no se les plantea el dilema que era realidad respecto de la Alemania nazi y que Goering había resuelto, optando por los cañones y relegando la mantequilla; mas esta duplicidad de fines, asequibles a Norteamérica, no tiene la misma significación en Europa. Recientemente lo daba a entender Eden al aseverar en la Cámara de los Comunes el 3 de diciembre de 1951 que el problema de rearme del Pacto Atlántico debe revisarse para evitar el derrumbamiento de niveles de vida europea y de la libertad democrática. Quizás agregaba Anthony Eden, el problema más difícil con que se enfrenta la N. A. T. O. es conciliar las necesidades de la defensa de la zona del Atlántico norte, con la capacidad política y económica de los países interesados. Los programas de desarme, terminaba diciendo Eden, deben llevarse a cabo en forma que no afecten a nuestro nivel de vida. He ahí reflejada la posibilidad de dos mundos, que sólo puede conjugarse si las deficiencias de Europa, en punto a su capacidad para atender al rearme, sin provocar su derrumbe económico, son compensadas con la aportación norteamericana. Cañones y manteca, como norma de realización en ambas orillas del Atlántico.

Todo cuanto dejamos consignado es de tal modo claro, a nuestro entender, que no adivinamos cómo desde tierras norteamericanas pueden oponerse objeciones a ese balance. Acaso la única explicación, deba encontrarse en consideraciones que son ajenas al problema aludido. Queremos decir que, una vez más, la tendencia aislacionista norteamericana puede reaparecer, fortalecida por considerar que ahora tiene a su alcance un ambiente acogedor. A este fenómeno del aislacionismo norteamericano, hemos dedicado reiteradas glosas y a ellas nos remitimos.

A nuestro juicio, no obran bien cuantos desde la otra orilla del Atlántico, malos traductores, consideran que aun tienen hoy realidad aquellos consejos legados a su pueblo por su máximo oráculo; aludimos

a Jorge Wáshington y su famoso «Manifiesto de Adiós» de 17 de noviembre de 1796.

Pese a posibles discrepancias hermenéuticas, lo que, a nuestro parecer, resulta indudable, es que en 1796 Norteamérica, por boca de Wáshington, consideraba como peligroso todo ademán tendente a establecer colaboración permanente con el viejo mundo. Por el contrario, en 1951, es Norteamérica quien brinda al viejo continente la colaboración activa, y es Europa, o por lo menos una parte del viejo mundo, quien, si bien nominalmente, requiere y acepta esa cooperación, en realidad no parece inclinada a producirse con aquella unanimidad que las presentes circunstancias requieren.

De esta dispersión temática, registrada en el continente eurásico —comprendiendo en el mismo las islas británicas— quisiéramos ofrecer al lector de estas páginas una versión escueta y objetiva a la vez.

Europa está actualmente enfrentada con el problema de su posible unidad político-económico-militar o, por lo menos, aquel sector del viejo mundo que llega desde occidente hasta el río Elba. La cuestión no es nueva; constituye realidad desde hace varios siglos, puesto que arranca del momento histórico en que no fué posible ni rejuvenecer, ni galvanizar siquiera, la idea de una Europa jerárquica e imperial. Sin embargo, pese a la reiteración de la experiencia, un factor nuevo provee a la cuestión de aspectos sin precedentes, y es que ahora existe una incitación a la unidad, proveniente de latitudes extraeuropeas, estímulo que no reviste tan sólo carácter académico, sino que porta la oferta de medios materiales, para una más asequible realización del proyecto. Si la unidad de Europa pelagra hoy más que nunca, tal riesgo no ha de vincularse a específicas incapacidades del viejo mundo, ni debe referirse a una crisis intereuropea; se propugna la unidad como arma defensiva frente a una presión extraeuropea, implacable y progresiva: la de Rusia. De ahí que el problema de la unidad se interprete más que como actividad creadora en cuanto medio para librar al continente de un trance peligroso. Sería, por tanto, una experiencia reactiva, calcada de la original interpretación de Arnold Toynbee o tesis del reto y la réplica, que pueden vincularse, respectivamente, en Rusia y en el mundo occidental. Si esa es la realidad, resultaría que Europa no puede desentenderse del problema planteado, y que todo ademán inhibitorio, proveería al retador

de grandes probabilidades de éxito. ¿Cómo reacciona la Europa de occidente en los cruciales momentos presentes? Analicemos cada una de las versiones que se nos brindan y procuremos desentrañar su sentido finalista y su acierto o desacierto. Digamos, ante todo, que nos parece aventurado el empleo de un sistema de valoración a tenor del cual lo laudable está en proporción del grado de las inclinaciones unitivas y lo censurable cae del lado de cuantos Estados oponen reparos a la idea de la aglutinación; sería ésta una traducción recusable, por su excesivo simplismo.

2. FRANCIA Y SU NOSTALGIA DIRIGISTA.

Aludamos, ante todo, a las reacciones francesas, en cuanto ejemplo de versión continental del problema. En Francia, tanto el *pool* Schuman cuanto el plan Pleven, han suscitado réplicas disconformes, aun cuando no mayoritarias en su volumen; baste parangonar lo que es tesis del R. P. F., con la interpretación gubernamental. De Gaulle se opone a la creación de un ejército europeo; admite, a este propósito, la conjugación y la yuxtaposición, pero se opone a la integración; considera que Francia es hoy virtualmente el embrión del planeado ejército europeo, y que, por tanto, no debe enajenar su posición preferencial; pactar alianzas, sí, pero con la doble condición de su accidentalidad y de que su signatura no afecte para nada a la soberanía francesa. Para De Gaulle, eso que se denomina Europa no existe, y no sería prudente entregar un ejército, en este caso el francés, a un Continente fantasma. Por tanto, para el R. P. F. —la más numerosa de las actuales minorías políticas francesas— la unidad de Europa ha de hacerse con versión francesa o desdeñarse, ya que, según el R. P. F., es incluso peligroso establecer vinculación de tipo más menos permanente con los Estados Unidos, ya que, dice De Gaulle, si hoy Norteamérica retiene la supremacía, ello no quiere decir nada en apoyo de que ésta sea perdurable.

Frente a tal versión, la de Pleven; el ex Primer Ministro francés, cuando en el Parlamento se intentaba torpedear, sin éxito, el Plan Schuman, solicitando su aplazamiento, decía: «L'ajournement c'est la fin de l'Europe», afirmación ambiciosa, ya que de tal rotunda aseveración, se inducía que Europa sólo tiene una posibilidad: salvarse utilizando la versión

francesa. Los sectores franceses, denominados unitarios, que apuntalan la creación de un ejército europeo, nos dicen que es preciso defender la preeminencia en la Europa futura de una Francia rejuvenecida, portando el prestigio de su pasado histórico; ese remozamiento y ese crédito pretérito, la convierten en «la tête et l'âme de nôtre continent». Nadie puede poner en tela de juicio lo arraigado del patriotismo francés; ello, a su vez, explica que, dominando esas disidencias exteriorizadas en torno al problema de la posible unidad económica, política y militar de Europa, se trasluzca hasta qué punto el supuesto ecumenismo galo se nos muestra con el contenido paradójico que le presta su inspiración nacionalista. Ahí radica la habilidad dialéctica de Francia, ya que por distintos caminos —ayer el neutralismo, hoy por la unidad— Francia persigue una finalidad específica: la de reinstalar en Europa su dirigismo. Es admirable comprobar la resistencia francesa a no desprenderse de su protagonismo, esfuerzo aun más impresionante cuando se nos brinda en instante de ocaso económico y de dificultades crecientes en el orden político.

Complementa esa nostalgia de dirigismo una preocupación: Alemania. Se nos dice, desde la otra vertiente pirenaica: rechazar el dirigismo equivale a trabajar por el renacimiento económico y militar de Alemania, que, en definitiva, impondría fácilmente su criterio a una Europa balcanizada.

En suma, dos factores de tipo permanente engendran al conjugarse lo que puede denominarse constante histórica de Francia: resistencia a renunciar al dirigismo y preocupación colegida de la contigüidad alemana. Esa plural inclinación se ofrece indistintamente en cualquiera de los múltiples sectores políticos franceses, en mayor o menor medida, o adoptando perfiles dialécticos más o menos formalmente desemejantes. Resulta, pues, que la versión francesa no nos conduce al epílogo asequible y deseable de la unidad dentro de la diversidad, sino a una yuxtaposición a escala continental de la interpretación francesa.

3. LA OBSESIÓN INSULARISTA BRITÁNICA.

Hasta aquí hemos intentado ofrecer al lector una interpretación continental en su alcance y nacional en su concepción del problema europeo.

Brindemos ahora una traducción insular, respecto a lo que es, lo que puede ser y lo que debe ser Europa. Parece innecesario agregar que estamos aludiendo a la singularidad interpretativa ánglica.

Muchos europeos de estas tierras, firmes y tambaleantes a la vez, juzgarán que el cambio de huésped registrado en el número 10 de la *Downing Street*, implicaba una alteración sustancial en la política internacional británica, especialmente en lo que afecta a una más estrecha vinculación de la isla al continente; como tales vaticinios no encontraron confirmación, la decepción cosechada inspiró la siguiente frase condenatoria: la traición de Winston Churchill que, en definitiva, no sería más que un nuevo sistema específico de la tan invocada perfidia británica. Esa reacción continental evidencia, a nuestro entender, que si la Isla no siempre interpreta adecuadamente a Europa, es ahora el viejo mundo quien parece incurrir en un error hermenéutico. Aclaremos esta apreciación.

Inglaterra, como talasocracia, practica su política internacional con criterio plástico, adaptándose a las exigencias inmediatas, pero compensando su episodismo con el peso proyectado por una constante histórica. Ello quiere significar que los cambios en la política interior británica no implican necesariamente una alteración en sus normas internacionales; puede variar su conducta en el tono, pero no en la sustancia. De ahí el error padecido por cuantos creían que la reinstalación política de Churchill implicaría una merma del insularismo, reflejada en una más acentuada inclinación respecto del continente.

Gran Bretaña nunca se solidarizó con Europa de modo permanente; lo recordaba recientemente el *Times*, al escribir: «La historia y la geografía nos separan del Continente, y esta zanja no puede ser ignorada.» (*The Times*, 17 de diciembre de 1951.) Saltaba Albión a la orilla continental del Canal, pero tornaba de nuevo a la otra orilla, e incluso gustaba en ocasiones propicias de acentuar su lejanía, practicando lo que denominaba, en tiempos victorianos, «espléndido aislamiento». Es que sobre Inglaterra proyectan su sombra normas geopolíticas, de las cuales no puede departirse: es una isla, y, como tal, en los caminos del mar está su destino. De ahí arranca lo que podríamos denominar tríptico político-internacional de Inglaterra; sus relaciones con la *Commonwealth*, su conexión con los Estados Unidos y su proximidad respecto de Eu

De ello se hizo eco Churchill en su discurso de Bristol —14 de diciembre de 1951— al decir: «Existe la Comunidad Británica y el Imperio, y debemos hacer todo cuanto podamos para marchar juntos, de forma que podamos hacer frente a los problemas del futuro, unidos, como lo hemos estado en el pasado.» La *British Commonwealth of Nations* no sería realidad sin el control del mar que se interpone entre Inglaterra y sus Dominios y entre estos últimos, respectivamente; hoy esa preeminencia oceánica no es realidad, mas para compensar ese descenso hegemónico, Inglaterra piensa en conectar su destino a la talasocracia norteamericana. Así resulta que dos de los tres elementos integrantes de la política internacional británica se complementan y ocupan un primer plano; por ello, Churchill aludió a «una unidad que nunca puedo olvidar o alejar de mi mente: el mundo de habla inglesa, los ochenta millones, más o menos, bajo la Corona británica y la vasta población de los Estados Unidos... y que nunca, si permanecen unidos, serán vencidos.»

Si esta imagen de Churchill es acertada, resultaría que, en contraste con un mundo occidental disperso, un bloque de 230 millones de habitantes, controlando las rutas oceánicas y aéreas, podría actuar en sentido decisivo. Es cierto que Churchill habla de Europa, pero posponiendo el Continente al bloque de habla inglesa y citándolo en tercer término, con mero rango apendicular. Puede estarse en desacuerdo respecto de tal interpretación o respaldarla con el asentimiento, pero nos parece que a propósito de tal construcción no puede mostrarse extrañeza, y menos emplear la palabra «traición». Es igualmente cierto que el bloque citado, si algún día se traduce en la constitución de algo coherente y permanente, cristalizaría en una organización supranacional, de más probabilidades biológicas que la de Europa, la cual, como veremos, no sólo tropieza con visibles resistencias dentro de su seno continental, sino que como hacía notar el *Times* «hay una realidad, y es la poca fe de este país en la posibilidad de que una institución federal logre aglutinar naciones y pueblos que, en el fondo, no comparten todavía ningún sentimiento de solidaridad». En suma: Inglaterra respecto de Europa no propugna el sistema de la puerta abierta, sino el de la puerta entornada, que lo mismo puede abrirse más que plegarse; lo que los franceses denominan *attentisme*. Puede considerarse como censurable esa

posición incierta, pero no es lícito formular extrañeza respecto de tal imagen, ya que no ha sido otra la política internacional británica a lo largo de cuatro siglos. Si nos departimos de ese factor permanente y centramos nuestra atención en lo episódico, debemos considerar que Churchill irá próximamente a Wáshington —redactamos estos comentarios en la última decena de diciembre— y pretende inaugurar sus diálogos con Truman disponiendo de visible libertad de acción, pensando acaso que depara dilatada área especulativa el reemplazar el criterio francés de integración por el británico de coordinación. De ese modo Churchill podría adscribirse la aquiescencia de un amplio sector del Congreso de Wáshington, cuyo aislacionismo latente le lleva a considerar con recelo cuanto implique sistema de integraciones. Igualmente puede Churchill manipular otro argumento: que la integración europea implicaría necesariamente una desintegración atlántica, tesis que no sería mal acogida por cuantos en Norteamérica defienden el sistema de la estrategia periférica, a la que aludiremos en momento oportuno.

Igualmente puede ser cierto que la posición de Churchill respecto del Continente se presta a reproches, ya que el contrasentido británico parece innegable; si Gran Bretaña persiste en su actual *attentisme* sería preciso, siguiendo los consejos de Spaak, «faire l'Europe sans l'Angleterre», y consumada esa unión, al margen de Gran Bretaña, uno de los elementos del tríptico internacional anglico sería automáticamente descartado. Al propio tiempo, presenciáramos el escamoteo de otro elemento —Norteamérica—, ya que los Estados Unidos (por lo menos la Casa Blanca) apoyan claramente la idea de la unidad europea, que respaldarían sin la inclusión británica. Debiendo renunciar al Continente y no siendo dable apoyarse en la singularidad norteamericana, no le restaría a Inglaterra más recurso que el de incrustarse en la *Commonwealth*; mas llegado ese instante, no sería aventurado suponer que desde Ottawa, Sidney y Wellington, se formularan reproches a la ex metrópoli por su deserción respecto de Europa. ¿No podrá tildarse a Inglaterra de alegar en la forma reseñada buscando un pretexto para encubrir la evidencia de un insularismo trasnochado?

4.—REACCIONES SUSPICACES ANTE EL UNITARISMO (BÉLGICA Y PORTUGAL).

En el año de 1920, cuando la ofensiva aislacionista norteamericana utilizó como blanco de su hostilidad el *Covenant*, el ataque no se realizó mediante un empujón frontal, sino apelando al sistema envolvente de las enmiendas; éstas perseguían una finalidad: condimentar un guiso de liebre sin liebre, es decir, crear una organización supranacional, pero reservándose uno de sus miembros —Norteamérica— la facultad de oponer reparos a toda decisión colectiva invalidándola. Es curioso notar que en los Estados Unidos, donde tanto se ha condenado el abuso del veto por parte de Rusia, nadie se percatase de que el sistema vetatorio es de origen norteamericano, y sustancialmente se generó a través de las reservas de los entonces senadores Borah y Lodge; una vez aceptado el veto, nadie puede escandalizarse si alguien hace de tal prerrogativa uso inmoderado, máxime si de antemano —como así aconteció en San Francisco— no se condiciona debidamente su empleo. En 1945 se creyó que tal privilegio necesariamente había de reducirse a prerrogativa de las grandes potencias, pero siempre resulta peligroso sentar determinados precedentes, ya que se corre el riesgo de que el ejemplo cunda y otros traten de reiterarlo en su exclusivo servicio, y no otra cosa está aconteciendo al discutirse el arduo problema de la constitución de un ejército europeo y de la unidad del mundo occidental. Ello se refleja en las reacciones dialécticas de las llamadas pequeñas potencias. Dejando a un lado la perceptible posición secesionista de los países nórdicos, en lo que atañe a la posible unidad militar y política de Europa, conviene centrar la atención en determinadas posiciones, tales como las de Bélgica y Portugal.

Recientemente, Bélgica nos ha brindado un ejemplo aleccionador en el sentido apuntado. Su vocero fué Van Zeland, cuya tesis puede sintetizarse así: el ejército europeo fortalecería la unidad del Continente, constituiría adecuado elemento defensivo frente a una temida agresión comunista e implicaría la necesidad de incluir a Alemania en el dispositivo occidental; mas los organizadores del ejército europeo entrevén la creación de una especie de superestado, y tal ademán requiere una réplica: necesidad de trazar una línea divisoria, separando lo nacional

de lo internacional. Debe decirse, a este propósito, que los reunidos en París desbordaron sus atribuciones al enfocar el problema político de la unidad de Europa, considerando que la constitución de un ejército continental presupone la integración política de la Europa occidental. Bélgica insistía en la advertencia de que era preciso reflexionar antes de optar por el «inútil abandono de la soberanía»; a esa tesis de la unidad decretada y acaso prematura, debe oponerse la de «poderes limitados a los actos indispensables», y se agrega que no es lo mismo abordar el problema del *pool* Schuman que el de la unidad militar y política de Europa, «cuando se trata de toneladas de carbón y de acero pueden hacerse amplias concesiones, pero no sucede lo propio cuando se trata de vidas humanas»; puede crearse un Comité de Ministros europeos, designados por los distintos Estados participantes, mas sería preciso trazar una clara línea divisoria entre lo nacional y lo internacional, situando a un lado y a otro de la misma lo que se denominan problemas sustanciales y cuestiones procesales; respecto de los primeros, debe exigirse la unanimidad de los votantes (consagración del derecho de veto en las prácticas intraeuropeas); en lo que atañe a los segundos, bastaría el voto mayoritario. (Leyendo esta tesis, nos parece tener ante nuestra vista el famoso y tan discutido artículo 27, números 2 y 3 de la Carta de las Naciones Unidas.)

La tesis de Van Zeeland que tantas críticas provocó, no es sorprendente; se ajusta a la orientación reflejada en el artículo citado, así como a lo que se preceptúa en el artículo 2-7.º de la citada Carta.

Otra nación, que tampoco figura entre las llamadas grandes potencias, nos ha dado a conocer su pensamiento en lo que atañe al problema que estamos considerando; aludimos genéricamente a Portugal y concretamente al discurso pronunciado por su Primer Ministro. A propósito de la posición dialéctica adoptada por Estados peninsulares o por naciones relativamente próximas a Inglaterra, se ha dicho que unos y otras se manifiestan en sentido que, sin coincidir claramente con el anglico, parece más cercano al criterio insular que el específicamente continental; se cita, en tal sentido, el discurso pronunciado por el Dr. Oliveira Salazar ante el Tercer Congreso de la Unión Nacional celebrado en Coimbra. Aludía Salazar al cambio operado en el mundo en los últimos veintif.

cinco años, que nos había conducido a lo que el orador denomina «tiempos apocalípticos». Salazar mencionaba de modo crudo el gran drama de un mundo cuya misión, se asevera, queda reducida al triste recurso del satelitismo, sumándose a una u otra de las dos grandes potencias —Rusia y Norteamérica—. Cree el orador en la virtualidad de las grandes ideas, que, generalizadas, terminan por imponerse a los hombres y a los Estados; si frente a una idea esgrimida no puede crearse otra que sirva como elemento de aglutinación para quienes la profesen, sucederá lo que actualmente está registrando Europa, especialmente la Europa occidental, cuya ineptitud para crear ideas políticas suyas puede conducirla a una especie de *colonismo mental*, practicado por los dos mayores poderes en presencia —Rusia y Norteamérica—, y si eso aconteciese, la civilización occidental o sería destruida o sufriría profundamente en alguno de sus elementos esenciales. Para evitar tal desenlace —sigue diciendo Salazar—, será preciso proclamar que las cosas no son fatalmente esto o aquello, sino que la voluntad es la suprema creadora de la Historia, y para ello debe hacerse «un llamamiento para la contribución que puede esperarse de la índole particular de cada pueblo y de la savia de sus mejores tradiciones, en vez de ahogarse la fuerza creada por el genio bajo el peso de importaciones extranjeras».

Es atrayente la imagen de «colonización mental» a que alude Salazar, pero convendría establecer acuerdo respecto de su alcance y contenido. Puede hablarse incuestionablemente de colonización mental a propósito de Rusia, por ser transportista de un credo político-social, respecto del cual no admite disidencias, ni reparos; lo impone drásticamente y lo utiliza como medio adecuado para imponer su credo imperialista; es decir, que hablar de satelitismo y colonización mental, equivale a mencionar nociones punto menos que indistintas. Mas el rótulo no puede aplicarse a la otra nación hegemónica —Norteamérica—. Los Estados Unidos concentran una gran suma de poder, y con el exceso del mismo intentan apuntalar una Europa que Salazar dice «aparece extinguida, disminuía, debilitada», pero los norteamericanos no son portadores de una idea, acertada o no, que pueda actuar como soldadura de un mundo, materialmente débil, y otro que concentra en su área nacional un enorme volumen de poder; no puede, por tanto, existir colonización mental cuando la sedicente metrópoli es incapaz de ofrecer una base normativa

a los supeditados, y si explicablemente no puede aceptarse la colonización mental rusa, no parece más aconsejable atenerse a lo que constituye un vacío dialéctico, y establecida tal conclusión, sería preciso intentar la aglutinación de esa Europa que los acontecimientos parecen reservarle un destino al margen del terrible choque entre los dos colosos, y cuya eliminación podría lograr con su interposición entre las dos antítesis; pero se corre un riesgo: «ahogarse la fuerza creadora del genio, bajo el peso de importaciones extranjeras». Es una advertencia y un alerta dedicado a cuantos manipulan a base del empleo de «esdrújulos federalismos europeos». Es esta una reacción muy lusitana, habida cuenta del carácter sospechoso que para la vecina nación encierra, cuanto, en el orden internacional, signifique federación, comunidad o unión. Así se comprende que la citada tesis de Van Zeeland, haya encontrado amplio eco en los medios lusitanos, y de modo especial la ya citada frase del «inútil abandono de la soberanía», y de esta otra: «poderes limitados a los actos indispensables».

Portugal, como Bélgica, es un miembro signatario del Pacto Atlántico, y es conveniente no olvidar que si el Pacto Atlántico ha de encerrar algo más que un vago significado académico, de sus propias cláusulas se induce que los signatarios de esa convención internacional se comprometen a unir sus esfuerzos; tal suma no puede alcanzarse sin una cierta coordinación, y ésta, a su vez, si resultase precaria por el tope implícito en toda idea inelástica de la soberanía nacional, indefectiblemente enlazaríamos en la indefensión de una Europa perdida en el océano del bizantinismo. El federalismo, indudablemente, no es un punto de partida sino un epílogo; precisa del alimento previo de una idea aglutinadora; si ésta logra articularse, oponerse a su realización, implicaría el suicidio del mundo occidental. No basta crear, como lo sugiere Schuman, un mercado de 150 millones de productores-consumidores, dentro de cuya área circulen las mercancías, sin la interposición de tarifas obturantes; es preciso dotarlo de un contenido ideal, ya que en otro caso, y aun en el mejor de los supuestos, erigiríamos en Europa algo semejante a lo creado en Norteamérica; pero como esta última nación, conoceríamos las perplejidades y los titubeos y nos veríamos maniatados por la proyección de tales fuerzas paralizantes. Si en lo económico, en lo industrial y hasta en lo defensivo, ha sido rebasada la etapa nacional, asentada en el ana-

crónico concepto de la soberanía excluyente, tipo siglo XVIII, lo mismo debe producirse en el orden político. De lo contrario, caeríamos, pese al *pool* del acero y el carbón, en esa terrible «colonización mental» a que Salazar alude, y esta no sería otra que la proveniente de las estepas. El riesgo que sobre todos se cierne, justifica algo más que ensayos construídos a base de escalas nacionales, y éstas sólo pueden ser excedidas, aceptando el principio de la cooperación dentro de la diversidad, pero esta última mermada por lo que es condición *sine qua non* para posibilitar aquélla.

5. SINGULARIDAD DE LA POSICIÓN ITALIANA.

Si nos atenemos a su denominación, el Pacto Atlántico debería incluir en su seno a todas las naciones específica o preponderantemente atlánticas; no ha sido esa la realidad, ya que existen naciones incuestionablemente atlánticas que no son miembros del Pacto —España— y Estados que situados fuera de las aguas oceánicas o son signatarios del mismo —Italia— o están en vísperas de llegar a serlo —Grecia y Turquía—. Abordamos así el problema del alcance espacial del Pacto Atlántico, cuestión específicamente analizada en lugar oportuno (2). Ahora la cita se consigna con un propósito concreto: esclarecer el problema concerniente a la posición de Italia, en lo que atañe a la unidad económica, política y militar de Europa. Sin la preexistencia del Pacto Atlántico, no nos explicaríamos el fenómeno relevante que supuso para Italia el liberarse de su posición de potencia vencida y residenciada, para reemplazarla por la práctica de una innegable solidaridad con sus adversarios de ayer. Por ello, Italia se adhería al Pacto Atlántico diecisiete días antes de ser signado en Wáshington, y votó por su ratificación un mes antes de entrar en vigor dicho convenio. La inclusión de Italia entre las naciones signatarias parecía plantear serios problemas: o la firma de Italia encerraba un mero valor simbólico, no fortaleciendo prácticamente la defensa de Europa, o, acaso de proveerlo de eficacia y contar con su colaboración militar, precisábase revisar el Tratado de Paz de 1947. No es aventurado suponer que uno de los estímulos que más

(2) CAMILO BARCIA TRELLES: Ob. cit., Capítulo XIII, «Alcance espacial, presente y futuro del Pacto Atlántico», págs. 425-461.

influyeron en Italia para optar por su inclusión en el dispositivo atlántico fué la promesa formulada desde Wáshington ofreciendo apoyar decididamente la tesis de la revisión del Tratado de 1947. Téngase en cuenta que cuando se solicitó de Italia el ingreso en el Pacto Atlántico contaba con cierto ambiente en la península apenina una doble corriente de opinión, vinculada a la práctica de un neutralismo químicamente puro o a la tesis inhibitoria, encubiertamente apoyada desde Moscú y de tipo filocomunista (3).

Si la ratificación del Pacto Atlántico por parte de Italia implica su inclusión en el dispositivo occidental, parece lógico deducir que la inclinación neutralista de Italia ha sido ya vencida. Tal deducción, sino recusable, parece por lo menos discutible. No se olvide lo que hay de específico en la tesis neutralista italiana, a tenor de la cual, la inclusión de dicha nación en pactos de alianza (la Tríplice y el Eje Roma Berlín) posibilitó una guerra, que acaso de otro modo no llegase a ser realidad. Incluso llegó a decirse que Italia había malogrado su libertad de acción al optar por la beligerancia cuando se le ofrecía la clara coyuntura de su abstención. En apoyo de tal tesis, se alegaban precedentes y hechos concretos. Pietro Nenni lo esquematiza en las siguientes palabras: «Nuestro país ha entrado en guerra en 1915 y no en 1914; en 1940 y no en 1939. Pudo igualmente no haber sido beligerante.» Tales palabras de Nenni encierran una engañosa semiverdad, ya que el aplazamiento de la beligerancia italiana (un año en la primer guerra mundial e igualmente en la segunda), evidencia que la neutralidad italiana no es de tipo permanente (como la de Suecia o la de Suiza), sino que ha de adaptarse a las circunstancias de cada momento. Pese a lo cual, sería aventurado aseverar que la inclinación neutralista italiana ha muerto y no conocerá posibles reinstalaciones; creemos que perdura en estado latente, no con el propósito —acaso irrealizable— de lograr una reinstalación neutralista, sino con la finalidad asequible de atenuar acentuadamente cuanto implicase incremento de la hostilidad ruso-norteamericana; ello explica, a nuestro entender, el por qué de la posición adoptada por el Primer Ministro italiano al prestar su asentimiento no sólo al Plan Schuman, sino al Plan Plevén, sin duda por considerar que uno y otro, en cuanto

(3) Op. cit., Capítulo XVIII, titulado «El Pacto Atlántico y la neutralidad de la Europa occidental», págs. 645-665

factores de restablecimiento europeo, pueden alterar e incluso desplazar la tesis dilemática, a tenor de la cual no hay más opción para Occidente que elegir entre Moscú y Wáshington. Italia, produciéndose en tal sentido, pretende compaginar ese fondo latente de no beligerante con la seguridad de un mundo que no adopte la forma de un continente occidental, más o menos satelitizado en beneficio de Norteamérica, ni el triste recurso de lo que Oliveira Salazar denomina colonización mental de Europa, con la diferencia de que Italia, con más evidente lógica, considera que ese empeño no será realidad sin una superestructura, cuya existencia resultaría incompatible con la tesis de la soberanía política incondicionada. Italia aparece así más continental que atlántica, más próxima a Francia que a Inglaterra, más cercana a la tesis de las posibles avenencias europeas que al sistema de las disidencias o simplemente de las suspicacias. Italia, abstracción hecha de la presión que significa su factor demográfico y su organización industrial, coopera con sus concepciones originales, que no son desdeñables en estas horas de atonía mental internacional.

6.—LO PARADÓJICO DEL CASO ALEMÁN.

Al abordar el problema de los neutralismos europeos (4), aludimos concretamente a la fisonomía específica del movimiento inhibitorio alemán y nos parece inútil redundancia el exponer aquí lo ya consignado en lugar oportuno. Únicamente queremos dejar consignadas determinadas observaciones básicas :

1.^a Que el problema de la seguridad occidental no podrá ser resuelto mientras constituya una realidad el actual marginalismo alemán; ese vacío en la región neurálgica de Europa haría inútil todo intento encaminado al rescate del protagonismo occidental. 2.^a En tanto perdure la actual división de Alemania, escindida en dos sectores mutuamente impermeables, no será posible lograr la reinstalación de Alemania en cuanto factor irremplazable del equilibrio entre el Este y el Oeste, y para un alemán, sean cuales fueren sus preferencias políticas, un pro-

(4) CAMILO BARCIA TRELLES: *El problema de la unidad occidental y la polémica de los neutralismos*, CUADERNOS DE POLÍTICA INTERNACIONAL, núm. 7, págs. 45-71 (Editorial del Instituto de Estudios Políticos. Madrid).

blema ha de anteponerse a toda otra cuestión: el de la unidad política de su patria. En este anhelo, compartido sin discrepancias, radica el contenido dramático del problema alemán, por cuanto desde el occidente germano se propugna la celebración de elecciones generales y libres para resolver el problema unitivo, en tanto la interpretación del problema, según la versión de la Alemania ocupada por Rusia, consiste en realizar de tal forma la consulta popular que Alemania pueda así epilogar en una perseguida comunización.

Aparte lo que antecede, ¿dónde termina y comienza, topográficamente hablando, lo que ha de entenderse por Alemania? ¿Perdurarán las anexiones, unilateralmente realizadas, en favor de Polonia y Rusia? ¿Aceptarán los alemanes amputaciones que consideran realizadas sin contar con la voluntad, libremente expresada, de los incorporados? ¿Será cierto que, como se asevera desde la otra orilla del Atlántico, la tragedia del momento internacional presente radica en la circunstancia de que los acontecimientos han dominado a los hombres (*supremacy of events over men*)? ¿No será más exacto decir que fueron los hombres de Teherán, Yalta y Postdam los que han situado al mundo occidental ante este terrible callejón sin salida? ¿Cómo esperar que los alemanes realicen el milagro de la consecución de su unidad política si los vencedores han malogrado toda posibilidad centrípeta en el corazón de Europa? ¿Se olvida que Alemania no puede rearmarse sin proceder previamente a una reforma de su Constitución, revisión que requiere el voto acorde de los dos tercios de ambas Cámaras, mayoría que difícilmente puede alcanzarse? ¿Han reflexionado los occidentales respecto a lo que significa la siguiente paradoja: en 1918 y 1945 todos los esfuerzos de los vencedores se orientaron en el sentido de evitar un rearme alemán (fuera precisamente la tesis del rearme uno de los motivos del triunfo político de Hitler), y ahora son una parte de los vencedores los que propugnan el rearme alemán y es Alemania la que, en parte, repugna el rearme? Como lo hacía notar el Dr. Schumacher en Hannover, «no puede ser cuestión ni de soberanía ni de igualdad de derechos, ya que si el estatuto unilateral está en trance de ser reemplazado por acuerdos bilaterales, los llamados *derechos reservados* pueden en cualquier momento malograr esa pretendida soberanía alemana». A las potencias occidentales vencedoras cabe reprochárseles su lentitud en el proceso del

rearme; pero tal imputación no puede hacerse extensiva a Alemania, cuyo problema fué complicado tanto por la miopía de los vencedores occidentales cuanto por la astucia secesionista respaldada desde Moscú.

7.—PRESUPUESTOS DE LA ESTRATEGIA PERIFÉRICA.

No resultaría hacedero, ni aconsejable, el reflejar aquí cuál es la posición temática de una parte de la opinión norteamericana sin conocer lo que dejamos consignado en páginas precedentes. Norteamérica se traza un programa de acción, basado en la colaboración de la Europa occidental, y explicablemente, para determinar cómo ha de llevarse a cabo esa labor cooperadora ha de conocer y valorar las reacciones de sus presuntos coparticipantes. Ya dijimos que Norteamérica, construída políticamente a escala continental, no logra explicar, y aun menos justificar, lo que denomina *municipalismo* europeo, que tanto exaspera a los hombres de Wáshington. Así serán más comprensibles las reacciones norteamericanas que seguidamente consignamos, debiendo advertir que no existe una tesis norteamericana, sino varias versiones, del problema europeo, según indaguemos la respuesta en la Casa Blanca o inquiramos en los medios republicanos, influídos por las prédicas del senador Taft.

Desde el Wáshington que pudiéramos denominar oficial u oficioso se pide la integración de Alemania en la defensa occidental, siempre que ello no implique una resurrección de la *Wehrmacht*. Eisenhower considera que en el actual estado del problema internacional, las naciones aisladas no pueden proveer a su seguridad; de ahí la necesidad de integrar a Alemania en el plan defensivo de Europa. Si no se acepta ese plan, desarticularíase la defensa occidental e incluso peligraría la ayuda norteamericana. Caso de no encontrar modo de incluir a Alemania en el Ejército europeo o en el atlántico, acaso los Estados Unidos piensen en reconstruir el Ejército alemán, equipándolo y proveyéndolo de cobertura aérea, pero retirándose los norteamericanos del Rhin. Dícese igualmente en los Estados Unidos que la ayuda norteamericana a Europa no es eterna ni ilimitada, ni perenne la presencia de las tropas norteamericanas en Alemania, e incluso se advierte al contribuyente nor-

teamericano que debe prepararse a pagar el rearme alemán si los europeos no se ponen de acuerdo. Se considera que los argumentos europeos para explicar el por qué de las dificultades con que tropiezan en el camino conducente a su posible unidad, no son más que un artificioso para peto dialéctico, exculpatorio de su inacción.

Así como los acuerdos de París, entre Francia, Inglaterra, Norteamérica y la Alemania occidental, han merecido la plena aprobación de los medios diplomáticos de Washington, en el Pentágono, por el contrario, se considera que la aprobación y puesta en acción de los acuerdos de París exigirán mucho tiempo; además, el Pentágono piensa en lo que él considera porvenir precario, desde el punto de vista político, del canciller Adenauer, y considera que el hecho de incorporar tantas condiciones a la reinstalación de la soberanía de Alemania contribuirá a minar el prestigio del Gobierno de Bonn.

Esta serie de consideraciones parecen revigorizar la tesis de Hoover, denominada del Gibraltar americano, ampliada por Taft con su imagen de la tenaza atómica, propugnada en su reciente trabajo, donde se aborda el problema de la política internacional a realizar por Norteamérica en un inmediato porvenir. Así se registra una aproximación de tesis: la del Pentágono y la de Hoover-Taft. El Pentágono considera que el Ejército alemán es imprescindible para hacer frente a Rusia; pero la integración del Ejército alemán en el europeo, habida cuenta de las dificultades presentes, precisaría para su problemática realización dos años, plazo demasiado largo. De ahí que, según el Pentágono, la denominada victoria diplomática de París se traduzca en el fracaso de la alianza atlántica. Los argumentos esgrimidos por el Pentágono y la tesis Hoover-Taft ven así reducida la distancia que entre ambas interpretaciones mediaba; no sólo se acoplan, sino que la tesis de la defensa periférica viene a ser como el lugar de conjunción dialéctica de ambas versiones. Digamos cómo y por qué se ha operado dicho acoplamiento.

En el año 1949 quienes más o menos abiertamente disentían de lo que iba a ser el Pacto Atlántico cimentaban su discrepancia en dos coyunturas: una, técnica, episódica; otra, topográfica, permanente; ambas, conjuntadas, proveían a Norteamérica de evidente superioridad; eran éstas: el monopolio de la bomba atómica y la posesión del B-36,

con sus 16.000 kilómetros de radio de acción. Eran los tiempos en que todo parecía ligado en los Estados Unidos a la supremacía del arma aérea, tesis que, debidamente articulada, permitiría a Norteamérica desentenderse de su presencia armada en el Rhin. El B-36, con un radio de acción de 16.000 kilómetros, podría despegar de tierras norteamericanas, arrojar su carga de bombas atómicas sobre los centros industriales rusos y retornar, sin escalas, a su punto de partida. Esa acentuada preponderancia asignada al arma aérea, que relegaba a segundo plano la calidad de los Estados Unidos en su condición de potencia talasocrática, engendró lo que se denominó polémica o insurrección de los Almirantes, que nosotros hemos estudiado en otro lugar (5). Corriase una peligrosa aventura al cimentar todo el sistema estratégico norteamericano en la posesión de un monopolio cual el de la bomba atómica, cuya perpetuación resultaba irrealizable. Toda aquella andamiada se tambaleó cuando Truman anunció que en Rusia se habían producido explosiones atómicas. Rusia reaccionó ante el peligro y concentró su actividad en la obtención de aviones de caza e interceptación, logrando producir el Mig-15, del cual decía el general Vandenberg —20 noviembre 1951—: «Fundándonos sobre lo que los rusos han demostrado en Corea y de lo que conocemos respecto a sus progresos en el arma atómica, debemos mirar cara a cara el hecho de que la supremacía aérea, sobre la cual habíamos contado en el pasado, se encuentra ahora situada ante un serio problema. Solamente se puede hacer frente a dicha situación por medio de más grandes esfuerzos que los que hasta ahora hemos realizado.»

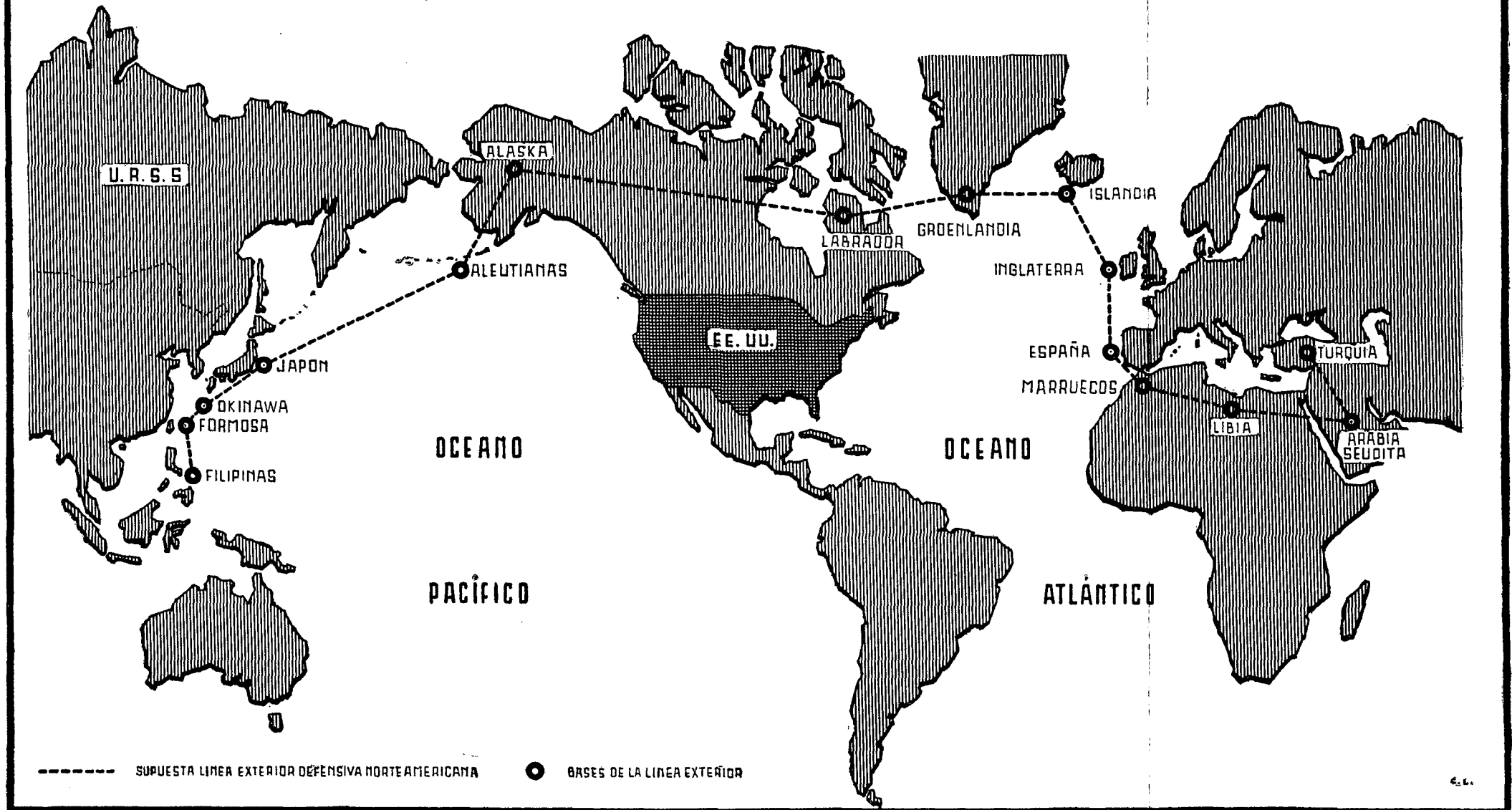
El Mig-15 constituye una terrible amenaza para el B-36, pesado y lento y cuya única defensa era la altura, pero cuya duración de vuelo, sin escalas, le exponía a la acción de los Mig-15. Digamos que al ritmo acelerado de los actuales acontecimientos internacionales, la desactualización de cualquier plan defensivo constituye siempre un riesgo. Ese peligro de anacronismo explicablemente habrá de alcanzar al B-36, que, proyectado en 1941 para hacer frente a la eventualidad de una Inglaterra vencida o neutralizada por la aviación alemana, sirvió para algunos como apoyo dialéctico, alegando la primacía del arma aérea; sistema

(5) CAMILO BARCIA TRELLES: Ob. cit. Véase Capítulo VI: «El Pacto Atlántico y la guerra atómica», págs. 137-193.

que en cierto modo se adaptaba a la tesis de Hoover, o por lo menos no lo comprometía. Así a la tesis del sistema basado en la periferia norteamericana —tesis imperante en la época de la omnipotencia atómica— sucedía la concepción del apoyo en la periferia eurásica, y por ello se pensó en el B-47. Es decir, que a la tesis de bases transatlánticas sucedía la de las bases próximas, y para realizarla se piensa en la utilización del B-47, que, con mucho menor radio de acción que el B-36, encuentra amplia compensación en su velocidad —mil kilómetros a la hora—, lo cual constituye al propio tiempo factor de más acentuada invulnerabilidad. Es así como hizo su aparición el llamado sistema de la estrategia periférica, concebida no tan sólo como consecuencia de la desaparición del monopolio atómico y de la aparición del Mig-15, sino como consecuencia de las vacilaciones europeas en punto a rearme, y a las cuales aludimos anteriormente. El sistema de la defensa basada en la estrategia periférica consiste en adelantar las bases aeronavales, situándolas fundamentalmente en islas y penínsulas. Genérase de ese modo la tesis de la cadena atómica, o como Taft la denomina: tenaza atómica. Tal sistema, sustancialmente, acepta la tesis Hoover-Taft del Gibraltar americano, extendiéndola en el orden espacial, ya que dicha tesis incluía como bases extraamericanas eventuales —no imprescindibles—: Filipinas, Formosa, Ottawa, Japón y Gran Bretaña. La actual tesis de la estrategia periférica constituye, por tanto, una ampliación de la técnica del parapeto, que al propio tiempo retrocede y avanza; lo primero, retrayéndose del continente europeo a su periferia; lo segundo, adelantando las bases del llamado Gibraltar norteamericano. Así se constituiría una cadena de bases aero-navales que del Pacífico al Mar Negro contarían con los siguientes puntos de apoyo: Filipinas, Formosa, Okinawa, Aleutianas, Alaska, Hudson, Labrador, Groenlandia, Islandia, Inglaterra, España, Marruecos, Libia, Arabia Saudita y Turquía. No serían éstos los puntos avanzados de una talasocracia, ya que la presencia de tropas norteamericanas en el Rhin contradice tal afirmación; pero esas serían las bases irreemplazables en caso de emergencia y en el supuesto de una invasión rusa de una gran parte del mundo occidental.

Lo que interesa considerar es que el sistema de la estrategia periférica no sería un complemento de la defensa en tierra firme, sino precisamente su reemplazo, ya que en otro caso carecería de razón de ser.

SISTEMA DE LA DEFENSA PERIFERICA



De ahí que la tesis periférica a que aludimos, antes de implantarse —si es que algún día termina por imponerse— deberá librar un previo duelo dialéctico frente al sistema defensivo deducido de las estipulaciones contenidas en el Pacto Atlántico; resolución de indudable gravedad para la Europa continental propiamente dicha, y respecto de cuya probabilidad convendría tener presente el tradicional insularismo británico, del cual Churchill no parece dispuesto a prescindir.

No se construiría así tan sólo un parapeto, ya que tales medidas de tipo militar encontrarían su complemento en otra de índole político-internacional. Para ello se sugiere reemplazar la política de contención (esflejada en la Doctrina Truman y en el sistema de la Diplomacia total), lo que se denomina *containment*, por la que perseguiría provocar el retroceso de Rusia a sus puntos de partida (*roll back*). Este procedimiento, que aparentemente pudiera conceptuarse de peligroso y ofensivo, al decir de sus propugnadores, persigue finalidades pacíficas, ya que se considera adecuado para alejar la guerra. Se aduce, además, que a la guerra fría rusa es preciso replicar con otro sistema de guerra fría total, desplegada desde Norteamérica y por los Estados Unidos financiada y respaldada. Se agrega que Rusia acusó pronto el impacto de la flamante fórmula, aun antes de entrar plenamente en función la nueva táctica, al denunciar a los Estados Unidos como violadores de la Carta de las Naciones Unidas por fomentar movimientos de resistencia en Rusia y en los países satélites, en violación de lo preceptuado en el artículo 2-7.º de la citada Carta.

Expuesto lo que antecede, parece adecuado deducir que la política internacional practicada por los Estados Unidos desde 1945 se caracteriza a la vez por su dinamismo y por su ininterrumpida innovación; así lo comprueba el recordar cómo desde Roosevelt hasta el presente Norteamérica practicó las siguientes y sucesivas normas: apaciguamiento, contención, diplomacia total, parapetismo, defensa periférica y réplica dialéctica a la guerra fría. Todo ello es cierto; pero no lo es menos que tal política internacional se nutrió fundamentalmente a base de reacciones y episodios; le faltó, a la vez que la iniciativa, el acoplarla a concepciones básicas, maleables, pero permanentes en sus esencias; las rectificaciones no fortalecen el sistema, ni lo purifican, y contribuyen, por el contrario, a sembrar la desorientación y la perplejidad en-

tre los amigos y aliados de Norteamérica, un día incluidos en el primer plano de una colaboración que se califica de imprescindible y al siguiente relegados a lugar secundario, ya que no abandonados a sus propias fuerzas.

Todo ello complicado por la proyección dimanante de unas elecciones presidenciales próximas; lucha política que se orienta esencialmente a la caza de adeptos, aun cuando su captación exija en ocasiones a los dirigentes desprenderse de su sentido de responsabilidad. Una Europa remisa y una Norteamérica vacilante han sido factores específicos en la preparación de la desorientación imperante. Por ello hemos huído de cuanto implicase centrar la responsabilidad de lo acontecido en uno u otro de los sectores discrepantes, ya que procediendo así no nos departimos de nuestra inclinación, que repudia sumarse al actual y pernicioso episodismo. Como españoles, no podemos registrar lo que significa la sugerida táctica de la *defensa periférica* desdeñando la relevante consideración de que, caso de triunfar esa tesis, nuestra Patria ocuparía un lugar destacado. Ante la posibilidad de tal epílogo, solamente quisiéramos brindar lo que tal desenlace podría significar para cuantos, contradiciendo la Historia y la Geografía, se han obstinado en ignorar que un dispositivo atlántico sin la presencia y cooperación de España constituye un absurdo. Ello, al propio tiempo, vendría a confirmar nuestra conocida tesis de que las leyes geopolíticas no pueden desdeñarse impunemente y que en definitiva se imponen, para pasmo de cuantos trataron de soslayarlas conociéndolas, o de no aplicarlas por no tener idea de su existencia. Una talasocracia ha de funcionar apoyada en líneas exteriores; Norteamérica es una talasocracia, y la tesis de las líneas exteriores constituye, sustancialmente, lo que hoy se denomina estrategia de la línea periférica.

CAMILO BARCIA TRELLES

II. - NOTAS Y CRONICAS
INTERNACIONALES

